

Sesión 64ª, en martes 17 de enero de 1967.

Especial.

(De 10 a 10.30).

PRESIDENCIA DEL SEÑOR SALVADOR ALLENDE GOSSENS, PRESIDENTE.
SECRETARIO, EL SEÑOR PELAGIO FIGUEROA TORO.

INDICE.

Versión taquigráfica

I. ASISTENCIA	3648
II. APERTURA DE LA SESION	3648
III. ORDEN DEL DIA:	
Proyecto de acuerdo sobre permiso al Presidente de la República para ausentarse del país. (Queda pendiente el debate).	3648

VERSION TAQUIGRAFICA

I. ASISTENCIA.

Asistieron los señores:

—Ahumada, Hermes	—Jaramillo, Armando
—Altamirano, Carlos	—Juliet, Raúl
—Allende, Salvador	—Luengo, Luis Fdo.
—Campusano, Julieta	—Musalem, José
—Corbalán, Salomón	—Noemi, Alejandro
—Curti, Enrique	—Pablo, Tomás
—Chadwick, Tomás	—Prado, Benjamín
—Durán, Julio	—Reyes, Tomás
—Ferrando, Ricardo	—Rodríguez, Aniceto
—Fuentalba, Renán	—Sepúlveda, Sergio
—Gómez, Jonás	—Tarud, Rafael
—Gumucio, Rafael A.	—Teitelboim, Volodia
—Ibáñez, Pedro	—Von Mühlenbrock, Julio

Actuó de Secretario el señor Pelagio Figueroa Toro, y de Prosecretario, el señor Federico Walker Letelier.

II. APERTURA DE LA SESION.

—*Se abrió la sesión a las 10.30 en presencia de 16 señores Senadores.*

El señor ALLENDE (Presidente). — En nombre de Dios, se abre la sesión.

III. ORDEN DEL DIA.

PERMISO CONSTITUCIONAL AL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA PARA AUSENTARSE DEL PAIS.

El señor ALLENDE (Presidente). — Continúa la discusión del permiso al Presidente de la República para ausentarse del país.

—*El informe se inserta en los Anexos de la sesión 55ª, en 12 de enero de 1967, documento único.*

El señor IBÁÑEZ.—Señor Presidente, la realización de una visita del Presiden-

te Frei al Presidente Johnson debió haber sido concebida, a juicio del Partido Nacional, en forma de permitir rectificar malentendidos o actuaciones inconvenientes que de un tiempo a esta parte deterioran nuestras relaciones con Estados Unidos y con otros países del continente que son tradicionales amigos de Chile.

Lamentablemente, las perculiars circunstancias del viaje propuesto han obligado al Partido Nacional a oponerse a esta iniciativa, por las fundadas razones que aparecieron en declaración hecha pública el viernes de la semana última.

Debemos subrayar una vez más el aislamiento absoluto en que se encuentra Chile como consecuencia de la pertinaz política del Gobierno demócratacristiano de inmiscuirse en asuntos ajenos, calificando las actitudes de otros gobernantes o apoyando fuera de Chile a corrientes políticas que le son afines, aparte intentar un liderato continental que nadie nos ha encomendado y para el cual el Partido Demócrata Cristiano no podría exhibir títulos convincentes, si se juzga por los resultados de su gestión de Gobierno y por el fracaso de su política exterior.

Las posiciones que ha adoptado nuestro Ministerio de Relaciones —ni siquiera alcanzan a ser arrogantes, porque se mueven apenas en el plano de lo jactancioso— nos han distanciado de todos nuestros amigos de ayer. Y la ausencia de ponderación y criterio en la conducción de las relaciones con nuestros países hermanos, nos ha llevado hasta esa penosa condición de orfandad que quedó evidenciada cuando el señor Valdés optó por abandonar abruptamente la última conferencia de la ALALC. Debemos señalar que este inesperado gesto no causó la menor reacción entre los demás asistentes a dicha reunión, pero sirvió, sí, para dejar en descubierto que la posición internacional de nuestros gobernantes carece por comple-

to de realismo y de respaldo, y se inspira sólo en la vanidosa pretensión de imponer a los demás países algunas ideas democratacristianas que, por ser tales, el partido Unico de Gobierno imagina que deben ser aceptadas como dogmas de fe.

El desastroso balance de nuestras relaciones exteriores resulta hoy evidente hasta para el ciudadano menos perspicaz. Por de pronto, no hemos sido capaces de arreglar nada del mundo, no obstante los asombrosos anuncios que hizo sobre el particular el señor Bernstein ante el auditorio de rutina de las Naciones Unidas. Tampoco somos los líderes de América Latina, a pesar de los muchos discursos en que el Presidente Frei aludió a nuestro continente hablando en plural, durante su larga jira por Europa. Y últimamente, nuestro Ministro de Relaciones Exteriores debió abandonar en forma intempestiva una conferencia de la ALALC, donde todos los demás pueblos de América hicieron positivos progresos en su integración económica, excepto Chile, que después de haber disertado tanto sobre integración, perdió la oportunidad de hacer algo útil a favor de ella. Nuestros representantes se retiraron dramáticamente de esa conferencia, pero lo hicieron ante la mirada atónita y discretamente risueña de los ministros de los demás países, quienes, no obstante la ausencia chilena, alcanzaron frutos positivos y fecundos para sus pueblos.

Hemos perdido, en síntesis, la importante influencia que provenía de la sagacidad, realismo y sentido de las proporciones con que siempre conducimos nuestras relaciones exteriores.

Conseguimos, además, distanciarnos —y hasta enemistarnos— de grandes e inalterables amigos...

El señor PABLO.—¿Cuáles?

El señor PRADO.—¿Como quiénes, por ejemplo?

El señor MUSALEM.—¿Por qué no deja de leer un momento, y nos contesta?

El señor IBÁÑEZ.—No tengo incon-

veniente en aceptar interrupciones con cargo al tiempo del Comité Demócrata Cristiano.

El señor MUSALEM.— Estamos dispuestos a dar a Su Señoría todo el tiempo que necesite para probar sus aseveraciones. El señor Senador tiene la costumbre de hacer afirmaciones de esta naturaleza.

El señor IBÁÑEZ.—Decía que hemos conseguido, además, distanciarnos de grandes e inalterables amigos, y hasta enemistarnos con ellos, y ahora, Chile debe afrontar sus problemas internacionales y limítrofes rodeado de celos y en medio de la soledad en que lo han dejado sus ex amigos.

La invitación del Presidente Johnson anuncia ahora un evidente propósito de destacar la revolución en libertad, que será señalada en el momento oportuno por la propaganda oficial como ejemplo para el continente, agravándose así la irritación contra Chile que la política de este Gobierno ha concitado.

El Partido Nacional ha puesto de relieve el carácter insólito de esta invitación y señaló, asimismo, la intromisión que significa en la política chilena ofrecer al Presidente de la República una alta tribuna internacional para que explaye puntos de vista político-partidistas que están sujetos a una ardorosa controversia dentro de nuestras fronteras y fuera de ellas. El Partido Nacional ha debido explicar que las relaciones diplomáticas se mantienen entre los Estados y no entre los partidos políticos que mantienen transitoriamente el Poder.

Este concepto, por fortuna, inspiró la respuesta del Gobierno chileno, que abandonando la práctica diplomática de la reciprocidad, no dijo que el Presidente Frei iría a Estados Unidos a imponerse de los progresos de la "grand society", preconizada tan entusiastamente por el Presidente Johnson.

Si tal hubiera hecho, habría recibido el inmediato repudio del Partido Republicano y la importante fracción demócrata del sur,

que son declaradamente contrarios a ese esquema político, y habría sido considerado persona no grata por ellos.

Pero aun si prescindieramos de la forma nada diplomática en que ha sido formulada la invitación, también será preciso convenir en que los deseos del Presidente Johnson colocan al Presidente Frei en una disyuntiva que no deja salida airosa.

En efecto, si el Presidente de Chile viaja a Estados Unidos para dar a conocer la *verdad* de su "gran experimento de la revolución en libertad", no quedará bien puesto el nombre de Chile ni el prestigio de su Gobierno.

El señor PABLO.—Hasta ahora ha quedado bien puesto.

El señor IBÁÑEZ.—Pido no ser interrumpido, señor Presidente.

Si intenta hacer el panegírico de esa revolución, como pareciera ser el deseo del Presidente Johnson, entonces el Mandatario chileno se verá obligado a presentar una visión unilateral acallando u ocultando la verdad de lo que aquí sucede.

El señor PABLO.—Su Señoría ha estado un año fuera del país, y no se ha dado cuenta de nada.

El señor MUSALEM.—El señor Senador estuvo un año ausente del país, y no se percató de nada.

El señor IBÁÑEZ.—Los señores Senadores de la Democracia Cristiana, aparte su falta de argumento, tratan de impedir, con una actitud que los caracteriza, que otros sectores políticos expresen sus pensamientos.

El señor MUSALEM.—Es que Su Señoría nos da bastantes motivos para aburrirnos.

El señor IBÁÑEZ.—Trato de imaginar, por un momento, cómo el Presidente Frei podría informar sobre algunos aspectos salientes de la reforma agraria que él ha impulsado. ¿Dirá al Presidente Johnson que esta delicada reforma ha quedado bajo la inspiración y en las manos del señor Chonchol, que ha sido traído desde Cuba, donde realizó la reforma agraria de Fidel Cas-

tro y sumió a ese pueblo en la miseria y el hambre, y a los campesinos cubanos, en la esclavitud?

El señor PABLO.—Esta es la "vendetta". Su Señoría está sangrando por la herida.

El señor IBÁÑEZ.—No sé, realmente, cómo se podría presentar este hecho en forma que evitara a la opinión pública norteamericana un angustioso sobresalto;...

El señor PRADO.—Las observaciones de Su Señoría son producto de su reacción ante el proyecto de reforma agraria. No hay otros motivos.

El señor PABLO.—En esta oportunidad, no hay permiso para hablar de reforma agraria.

El señor IBÁÑEZ....—ni cómo explicarle la disminución de la producción y la creciente dependencia de los abastecimientos extranjeros, que para la alimentación de nuestro pueblo significa la reforma agraria.

Me pregunto, también, si el Presidente Frei llevará una versión en inglés del nuevo número 10 del artículo 10 de nuestra Constitución Política. Se ha anunciado que el Mandatario chileno será recibido en grandes centros universitarios y, por cierto, en esas oportunidades no podría circunscribirse a frases de buena crianza o a la expresión de lugares comunes.

El señor PABLO.—El mundo no es sólo pensamientos.

El señor GUMUCIO.—¡Los castigadores...!

El señor IBÁÑEZ.—Pido a la Mesa hacer respetar mi derecho. Los Comités tenemos tiempo limitado.

¿Se atreverá, pues, a presentar a los profesores de Derecho de Harvard el engendro constitucional que ha producido el Partido Demócrata Cristiano, u optará por ocultarlo...

El señor PABLO.—No tenga miedo, señor Senador.

El señor IBÁÑEZ....—sabiendo, como no ignora el señor Frei, que en ese país causaríase asombro y repudio la información

de que la revolución en libertad se ha propuesto destruir el derecho de propiedad?

¿Qué realización digna de exhibirse va a mostrar, entonces, como justificación de la Alianza para el Progreso? ¿La reforma tributaria, tal vez?

El señor GUMUCIO.— ¡La “vendetta”! ¡Hay que castigarlos...!

El señor IBÁÑEZ.—Es evidente que el Presidente Frei podría señalar, que con la experta ayuda de los asesores norteamericanos, los impuestos que rigen en Chile —país sin capitales— son más altos que los que se cobran en Estados Unidos. Pero tengo dudas de que esta información pudiera ser considerada como un éxito de la política norteamericana en nuestro continente, a menos que se la presentara como una colaboración al Presidente Johnson, quien enfrenta una progresiva resistencia en su país ante el anuncio de elevar las tasas de impuestos vigentes en Estados Unidos, que —repito— son inferiores a las de Chile.

En todo caso, la revolución en libertad podría exhibir dos resultados que, si no le aportan mayor prestigio, por lo menos podrían mostrar alguna eficacia como métodos para acallar a los que están descontentos con el régimen.

El primero de ellos es el control de los medios de comunicación con la opinión pública. ¿Se atreverá el Presidente Frei a relatar las maquinaciones de algunos organismos del Estado para apoderarse de SOPE SUR?

El señor PABLO.—¡Tiene varios pies la cueca!

El señor IBÁÑEZ.—Tengo la certeza de que este punto no puede figurar en las conversaciones con el Mandatario norteamericano, pero, si mi apreciación fuera exacta, privaría a éste de un elemento de juicio fundamental para conocer al camino azaroso y no siempre digno que se ve obligada a seguir la revolución en libertad. Tampoco creo que se mencionen los atropellos a las decisiones del Poder Judicial.

El señor PABLO.—¿Cuáles?

El señor IBÁÑEZ.—Pienso, por lo contrario, que se ocultarán cuidadosamente los medios extralegales que se han empleado para aplicar la reforma agraria, como en el caso, por ejemplo, de ese modestísimo campesino que es Manuel Burgos. Nada se dirá sobre la forma en que el Poder Ejecutivo ha pasado por sobre dos fallos de la Corte Suprema —asunto que, por lo demás, seguramente deberá conocer el Senado en fecha próxima—, ni sobre el sistema “nazi” de reducir a un hombre modesto, que no ha cometido otro pecado que trabajar, a quien se cercó por el hambre y las alambradas de púas, hasta quebrantar su sistema nervioso y obligarlo a recluirse en un hospital...

El señor PABLO.—¿Qué me dice, compadre...!

El señor IBÁÑEZ.—... el mismo día en que Su Excelencia solicitaba permiso al Senado para exponer al Presidente Johnson los grandes éxitos de su Revolución en Libertad.

El Presidente Frei, sin duda, no podrá omitir referirse a la situación económica. Pero ¿precisará el monto de los beneficios que nosotros obtenemos como consecuencia de la guerra del Vietnam, esto es, la cuantía del sobreprecio del cobre, que ha permitido ocultar el inmenso desorden fiscal y el derroche sin precedente de los caudales públicos?

Si llegara el momento de discutir el plan habitacional, realmente no acierto a encontrar ninguna excusa plausible para justificar que, en vez de 40.000 casas anuales que construyó el señor Alessandri, y de las 60.000 que ofreció el señor Frei, ni siquiera se hayan construido 20.000 en el año que acaba de terminar, agravándose así en forma pavorosa uno de los déficit que más justificadamente preocupan a la Alianza para el Progreso.

Si se realizara el viaje propuesto, podemos tener la seguridad de que el mayor énfasis de las exposiciones presidenciales recaerá sobre el plan educacional, aunque

tengo serios temores de que no se mencionarán dos hechos fundamentales. El primero es que, aparte cambiar la nomenclatura de los años de estudio, no se han superado en lo mínimo las notorias deficiencias de nuestro sistema educacional; y el segundo, que el gran incremento en el número de maestros corresponde a otros tantos miembros del Partido Demócrata Cristiano, que han asumido esas delicadas funciones sin recibir prácticamente ninguna preparación para ellas.

Hay una materia que, a mi juicio, es absolutamente necesario que sea conocida por el Presidente Johnson. Me refiero a la politización de los campos, que ha constituido el efecto práctico y la finalidad más inmediata de la reforma agraria, tan celebrada y estimulada por el Embajador de Estados Unidos señor Dungan. Pues bien, esta intensa politización de los sectores rurales ha traído a los campesinos chilenos un nuevo repertorio de inquietudes, y hoy día circulan entre ellos las más venenosas consignas en contra del pueblo norteamericano, al que no conocen, pero que ahora juzgan con calificativos injuriosos y denigrantes con motivo de la guerra del Vietnam.

No quisiera poner término a esta somera enumeración de algunos aspectos de la revolución en libertad que tendrían que ser conocidos en Estados Unidos, sin recordar que la propaganda abrumadora y las cadenas de radio constituyen un elemento esencial de este programa político. Nos extraña que la comitiva presidencial que se ha anunciado no incluya, como en ocasiones anteriores, al inefable señor Becker. Debo suponer que ello se debe a un sentimiento natural de vergüenza como el que experimentan algunas familias modestas que ocultan a algunos de sus miembros cuando tratan afanosamente de mejorar el nivel de sus relaciones sociales.

El señor MUSALEM.—¡No injurie gratuitamente, señor Senador!

¡Qué pobreza de argumentos!

El señor PABLO.—El señor Senador,

en esta parte, se contradice con el Honorable señor Jaramillo.

El señor IBÁÑEZ.—Pero si el Presidente Johnson tiene verdadero deseo de informarse sobre nuestro gran experimento, no debería privárselo de conocer al señor Becker, que, con su bombo, sus suculentos honorarios y su fría técnica para impedir la libre reflexión de los ciudadanos, constituye uno de los mejores símbolos de la revolución en libertad.

El señor PABLO.—¿Me permite una interrupción?

El señor GUMUCIO.—Esto es la "vendetta"...

El señor IBÁÑEZ.—Como puede apreciarse, los términos en que ha sido planteada la invitación del Presidente Johnson importan una difícil e ingrata tarea para el Presidente Frei, porque la tradicional rectitud de los Mandatarios chilenos lo colocará en la obligación de abordar temas que todo habría aconsejado omitir u olvidar.

Con motivo de este debate, se han hecho reiteradas y desagradables alusiones a la participación de Estados Unidos en la guerra del Vietnam. Ellas me han evocado la ingratitud y el odio hacia los norteamericanos, que resultaron especialmente notorios cuando, en 1954, Francia conmemoró el décimo aniversario de la liberación.

Los gobernantes norteamericanos, cuya vinculación más sólida con el Partido Demócrata Cristiano la encontraremos en el neo romanticismo de que ambos padecen, campeaban en aquellos años a favor del anticolonialismo y contribuyeron en forma decisiva a poner término a la influencia francesa en Indochina. Movidos por un sentimiento tan generoso como equivocado, así como por acontecimientos que ellos ayudaron decisivamente a desencadenar, debilitaron las defensas naturales de esas culturas autóctonas hasta que recayó, doce años después, sobre Estados Unidos, todo el esfuerzo bélico del Vietnam, amén de los odios que de un extremo

a otro del mundo han sido desatados en contra de los norteamericanos con ocasión de este deplorable conflicto.

Pero, además de ese fruto de sangre y de tragedia, la política norteamericana ha cosechado el altanero resentimiento del General De Gaulle, transformado en el más implacable líder antinorteamericano del mundo occidental.

Nosotros confiamos —lo deseamos ardientemente— en que en América Latina, y particularmente en Chile, se supere ese desconocimiento de las realidades locales, y se evite así sembrar semillas de conflictos que pudieran traer miseria a nuestros pueblos y, asimismo, inquietantes angustias y graves responsabilidades para los norteamericanos.

Pero volviendo al conflicto del Vietnam, y cualquiera que sea la magnitud de la responsabilidad que corresponda a los norteamericanos por los errores u omisiones que ayudaron a generarlo, debo reconocer, en nombre del Partido Nacional, la gallardía, entereza y espíritu indomable y varonil con que ese pueblo sabe cumplir sus duros deberes, así como la serenidad y estoicismo con que ellos rinden su vida en defensa de sus principios e ideales.

No obstante todas las críticas que pueda merecer la conducción de la política exterior de Estados Unidos, y en medio de las voces destempladas y las diatribas que muchos hombres de Occidente lanzan en contra de Norteamérica, nosotros sentimos el deber de decir una palabra de reconocimiento por la defensa del mundo libre que los norteamericanos hacen, no con discursos, sino con su sangre y sus vidas. Siento, además, la obligación de pronunciar estas expresiones de gratitud al observar el silencio cargado de vergüenza y cobardía que guardan los nuevos amigos de los norteamericanos cuando se injuria y denigra a ese gran país.

En la decisión que hemos adoptado respecto del viaje del señor Frei, no cabe, en consecuencia, suponer ningún sentimien-

to contrario a los Estados Unidos, o que pudiera lesionar nuestra amistad con esa nación, como lo sostiene editorialemente "El Mercurio". Si el Partido Nacional ha debido rechazar la intromisión política que implica la extraña invitación del Presidente Johnson...

El señor PABLO.—Es "vendetta" contra el Presidente de Chile...

El señor IBÁÑEZ.—..., tal actitud no responde a una "aventurada tesis" de última hora, como dice "El Mercurio", sino que constituye una reiteración de advertencias anteriores en que demostramos la inconveniencia de mantener una indebida asociación política entre el Gobierno de Washington y el Partido Demócrata Cristiano.

Los compromisos de la Carta de Punta del Este ya fueron satisfactoriamente cumplidos por el Gobierno anterior, y en su oportunidad, "El Mercurio" no escatimó los editoriales laudatorios para celebrar lo que hizo sobre el particular la Administración del señor Alessandri.

El señor GUMUCIO.—¿Qué hizo?

El señor IBÁÑEZ.—Pero si ahora se intenta dar a entender que la Alianza para el Progreso nos obliga a hacer revoluciones en libertad que destruyen nuestras libertades políticas y nuestras escasas riquezas, el Partido Nacional, al menos, expresa su más enérgica protesta y su absoluto repudio a este propósito.

El señor PABLO.—Su Señoría habla de falta de libertad, pero dice aquí cuanto piensa y se le ocurre decir. Esto se está transformando ya en libertinaje.

El señor IBÁÑEZ.—De mucho mayor gravedad aún, es la calificación que se permite hacer "El Mercurio" sobre la validez del mandato de los Senadores. Insinúa aquí una tesis que no sólo se opone a la buena doctrina y a claras y sabias disposiciones constitucionales, sino que ataca un mecanismo esencial que siempre ha protegido al país de las peligrosas consecuencias de los vuelcos emocionales y transitorios del electorado.

El Partido Nacional no acepta vulnerar disposiciones constitucionales ni sembrar dudas sobre ellas por razones circunstanciales u oportunistas.

El señor PABLO.—Sus Señorías las están vulnerando en estos momentos.

El señor IBÁÑEZ.—Hace apenas tres meses, cuando el presidente del Partido Demócrata Cristiano, Senador Aylwin, tuvo la desafortunada ocurrencia de decir en esta sala lo que "El Mercurio" ha repetido en su editorial del sábado pasado, sostuvimos que debían mantenerse inalterablemente las disposiciones de nuestro régimen electoral, . . .

El señor GUMUCIO.—¡Ahora está contra "El Mercurio", porque no defiende sus intereses!

El señor IBÁÑEZ.— . . . a pesar del hecho de que con sólo 42% de los votantes la Democracia Cristiana eligió a 60% de los miembros de la Cámara de Diputados, y no obstante estar convencidos de que el número de Senadores demócratacristianos elegidos en marzo de 1965 no responde en absoluto a la voluntad actual del electorado. Y para que no se nos dijera que hacíamos afirmaciones gratuitas, advertimos que si el Honorable señor Aylwin insistía en su desafío, nosotros estábamos muy dispuestos a que se convocara a elecciones para renovar todo el Parlamento. Por cierto, en esa fecha ni el presidente de la Democracia Cristiana ni "El Mercurio" se atrevieron a decir "esta boca es mía".

El señor PABLO.—Hagámoslo.

El señor IBÁÑEZ.—¿Ahora? ¿Por qué no aceptaron Sus Señorías cuando era tiempo de aceptar, cuando nosotros lo propusimos?

El señor PABLO.— ¡Propusimos . . . !— ¿Cuándo hicieron alguna proposición seria?

El señor IBÁÑEZ.—Nosotros aceptamos esa proposición.

Por último, es necesario afirmar que, contrariamente a lo que sostiene "El Mercurio", el Partido Nacional no negocia ni fluctúa en sus relaciones con el Gobierno.

Apoyamos algunas de sus iniciativas, porque creíamos sincera y desinteresadamente que, facilitando la labor de la nueva Administración, prestábamos un servicio al país. Pero las actuaciones del Gobierno nos han convencido de lo contrario. Y las posiciones que ahora debemos adoptar son perfectamente claras, consecuentes con nuestro pensamiento y sin regateos de ninguna especie, como lo demuestra el acuerdo del Partido sobre el viaje del Presidente Frei.

El señor PABLO.—¿Me permite, señor Senador?

El señor IBÁÑEZ.—Lo que precisamente hoy no se perdona al Partido Nacional es su independencia respecto de quienes ejercen el poder, actitud muy diferente de la que tanto daño a los Partidos Conservador y Liberal, cuya adhesión incondicional a la candidatura Frei selló el destino de ambos.

Finalmente, debemos declarar que, aun cuando veríamos con agrado una visita del Presidente a Estados Unidos, realizada en otras circunstancias, hay vastos sectores de opinión que, atendidas las características de esta invitación, no desean que Su Excelencia el Presidente de la República realice ahora ese viaje.

El Partido Nacional representa a esos sectores; considera que son válidas las razones en que fundan su oposición, y tiene, en consecuencia, la obligación de hablar en nombre de ellos.

La clase media de nuestro país, que se siente amenazada y se sabe limitada en sus posibilidades de surgir, como consecuencia de la política demócratacristiana, no desea que se hagan panegíricos a la revolución en libertad.

Los agricultores, que alimentan a la población mediante su duro trabajo y un esfuerzo sostenido que abarca muchas veces la labor de varias generaciones, no quieren que, además de los juicios denigratorios y de los vejámenes a que se los somete, se los coloque en la obligación de recibir una imagen de Chile que es todo lo

contrario de la abyecta condición a que se los trata de reducir.

Los funcionarios perseguidos...

El señor MUSALEM.—¿De qué funcionarios perseguidos habla?

El señor IBÁÑEZ.—... tampoco desean oír la vanagloria de los que disfrutaban del poder.

El comercio minorista, al que se coloca deliberadamente en la picota por desaciertos económicos que no son de su responsabilidad, sino del Gobierno, no desean que a éste le lleguen certificados de buena conducta expedidos por políticos de otras naciones que desconocen la realidad chilena.

La juventud de nuestras universidades,...

El señor MUSALEM.—Su Señoría carece de autoridad moral para hablar en nombre de la juventud de Chile.

El señor IBÁÑEZ.—... que siente que en Chile no tiene destino, aspira a recibir en nuestra patria, no los juicios superficiales de algunos políticos norteamericanos, sino los estímulos y la seguridad con que ellos alientan a las nuevas generaciones de su país. Y la gente empobrecida, que contempla con profunda amargura el derroche fiscal y la ruina que los acosa, tampoco desea este viaje, que implica un duro contraste con la desesperación y la inseguridad que rodea sus vidas.

Si el permiso constitucional es denegado, es preciso que la opinión pública esté informada de que esa negativa no tendrá consecuencia alguna que afecte al prestigio del país.

El señor MUSALEM.—Habría que preguntárselo al señor Barrientos.

El señor IBÁÑEZ.—Comprendemos que el Partido de Gobierno podrá quedar en situación poco airosa, pero eso es un asunto subalterno, sobre todo si se lo compara con la ventaja de que los observadores imparciales, libres del oropel de la propaganda, descubran que la revolución en libertad está muy distante de dar a nuestro

pueblo la tierra de promisión que le ofreció.

Nosotros representamos una posición política expresada con absoluta nitidez. Tenemos, además, la obligación de hacer pesar en las decisiones públicas los anhelos de los sectores que representamos. Son esas circunstancias las que respaldan nuestra decisión de votar negativamente este proyecto de acuerdo.

El señor PABLO.—¿Me permite una interrupción ahora, señor Senador?

Señor Presidente, ¿de cuánto tiempo dispone el Comité Nacional?

El señor ALLENDE (Presidente).—Ha terminado el tiempo del Comité Nacional, señor Senador.

Corresponde usar de la palabra al Comité Demócrata Cristiano.

El Honorable señor Gumucio, en nombre de su Comité, ha pedido alterar el orden de inscripción de los Comités establecido para esta oportunidad. Someto la cuestión a la Sala, porque el acuerdo fue fijar el tiempo para los diversos Comités que no habían usado hasta ahora de la palabra, pero el orden fue determinado por la Mesa, en uso de las atribuciones reglamentarias respectivas. Además la Mesa estimó oportuno otorgar tiempo conveniente al señor Ministro, a quien asignó el último lugar.

El señor GUMUCIO.—En realidad, lo acordado en esa reunión fue distribuir el tiempo entre los Comités que no usaron de la palabra en la primera sesión, pero no se tomó acuerdo sobre el establecimiento de un orden estricto. El orden que se ha estado siguiendo es el establecido por la Mesa en conformidad a sus atribuciones reglamentarias.

Para el Partido Demócrata Cristiano es importante y definitivo escuchar la posición de las otras colectividades políticas que han adoptado decisión al respecto, especialmente de los Partidos Radical y Comunista, pero que todavía no se conoce. Por eso, deseamos hablar al final de la

sesión, y que el señor Ministro lo haga en el momento en que lo estime conveniente. Tenemos interés en oír los planteamientos de los demás partidos políticos, fundamentalmente de los que aún quedan por dar su opinión, porque la que ya hemos oído al Honorable señor Ibáñez, en representación de la extrema Derecha del país, nos ha convencido una vez más de los motivos subalternos y de las pasiones que mueven a ciertos sectores con una especie de "vendetta" inaceptable en una democracia.

El señor ALLENDE (Presidente).—Ruego a los señores Senadores pronunciarse sobre la petición formulada.

El señor RODRIGUEZ.—Estimo que el orden fijado por la Mesa es perfectamente lógico y coherente. De modo que preferimos escuchar primero a la Democracia Cristiana, desde el punto de vista partidario —entiendo que el planteamiento lo formulará el Honorable señor Fuentealba—, porque ellos podrán recoger las opiniones de los otros partidos, por intermedio del señor Ministro de Relaciones Exteriores, calificado militante de la Democracia Cristiana. De modo que el deseo del Honorable señor Gumucio quedará satisfecho con el derecho del señor Ministro para responder, en el orden fijado, las observaciones formuladas por los diversos sectores.

No hay acuerdo.

El señor GUMUCIO.—Esperábamos un gesto democrático para alterar el orden fijado por el Presidente del Senado, a fin de que se nos permitiera conocer primero las opiniones de los partidos políticos que han adoptado decisión, pero también se nos niega tal gesto.

El señor RODRIGUEZ.—Pueden hacerlo en el tiempo del Ministro de Relaciones.

El señor GUMUCIO.—El señor Ministro hablará en nombre del Gobierno.

El señor RODRIGUEZ.—Ustedes son el Gobierno.

El señor GUMUCIO.—No, señor Sena-

dor, somos un partido político vinculado al Gobierno.

El señor MUSALEM.—El señor Senador sabe que el Ministro de Relaciones no puede hablar como militante de la Democracia Cristiana, sino como representante del Ejecutivo.

El señor RODRIGUEZ.—¿Acaso el señor Valdés es un ente aislado?

El señor MUSALEM.—Es democratacristiano, pero no puede hablar como tal, pues interviene en representación del Gobierno.

El señor FUENTEALBA.—En realidad, habría sido mucho más justo haber procedido en la forma solicitada por el Honorable señor Gumucio hace algunos instantes. El Partido Demócrata Cristiano es la única colectividad que apoya al Gobierno. Y a juzgar por las informaciones de prensa, en el caso particular que nos preocupa, todas las colectividades políticas se habrían pronunciado de manera adversa al otorgamiento del permiso solicitado por el Presidente de la República para ausentarse del país. Una de ellas —el Partido Radical— habría tomado el acuerdo solamente anoche. No conocemos los fundamentos o razones que ha tenido para dar esta opinión desfavorable. De suerte que habría sido más justo haberlos escuchado primero para saber cuáles son tales razones. Estamos en conocimiento ya de las del Partido Nacional, porque hicieron una declaración pública. Presumimos la posición del Frente de Acción Popular, porque aun cuando no ha hecho declaraciones, los Partidos Socialista y Comunista concurren a las sesiones de la Comisión para formular algunas preguntas de las cuales uno puede formarse una idea acerca de su criterio. Por lo demás, en otras ocasiones, ellos han tenido actitudes más o menos similares.

Por lo tanto, ruego al señor Presidente hacer otro intento de obtener, por lo menos de parte del Partido Radical, cambiar el orden, a fin de conocer la opinión de

esta importante colectividad política y referirnos a ella.

El señor DURAN.—No está en la Sala el Comité Radical, que es quien fijará la línea del Partido. De manera que sin su venia no podríamos acceder al cambio solicitado.

El señor ALLENDE (Presidente).—El Honorable señor Fuentealba ha escuchado las razones dadas por el Honorable señor Durán.

El señor FUENTEALBA.—Quiero dejar constancia de que no me parece justo el criterio de la Mesa, no en cuanto a la distribución del tiempo, sino al orden de prelación establecido. Al hacer la ordenación, debió haber considerado que nosotros constituimos el único partido de Gobierno, circunstancia que justificaba el hacer uso de la palabra al final.

Esta es una demostración más de la parcialidad con que se llevan las cosas y el

deseo, como en otras oportunidades, de crear dificultades, no sólo a la marcha del Gobierno, sino también a la acción de la Democracia Cristiana dentro del Parlamento.

El señor ALLENDE (Presidente).—¿Me permite una interrupción, señor Senador?

El señor FUENTEALBA.—Con mucho gusto.

El señor ALLENDE (Presidente).—Con autorización de la Sala, debo dejar constancia de que el orden establecido, incluso lo consulté con el señor Ministro de Relaciones Exteriores, quien manifestó su deseo de hablar al final.

Por haber llegado la hora, se levanta la sesión.

—*Se levantó a las 10.30.*

Dr. Raúl Valenzuela García,
Subjefe de la Redacción.

